

Documento 31

Joan Domènech Francesch, tiempo y elogio de la educación lenta

A este sentido peculiar del tiempo los griegos lo llamaron *scholé*, que significa 'ocio'. La palabra está en la etimología de nuestro actual vocablo «escuela».

El tiempo ha marcado el pasado de la escuela y también marcará su futuro. La escuela nace cuando la sociedad delimita un tiempo concreto destinado a la instrucción que posteriormente pasa a ser universal y obligatoria a toda la población. En la actualidad, como si se tratara de una paradoja, el tiempo puede convertirse en la excusa permanente para no abordar cambios. Situamos el tiempo como una variable que determina algunos de los problemas básicos de la educación, no obstante la frase «no tenemos tiempo» sigue pronunciándose en todo tipo de contextos.

Las reflexiones mayoritarias sobre el tiempo son cuantitativas y organizativas: cuántos días de clase, cuántas vacaciones, cuántas horas de tal o cuál asignatura, cómo habrán de distribuirse..., sin embargo damos más importancia a *cuántas horas hemos de destinar* al aprendizaje y no a *lo que en realidad podremos hacer* durante esas horas. Somos capaces de

Joan Domènech Francesch (Lleida, 1953) es maestro desde 1972.

aceptar que lo que hacemos no responde a una necesidad o que los resultados no se corresponden con las expectativas y la inversión de recursos (puesto que cuando hablamos de recursos también hablamos de tiempo...).

El debate sobre el tiempo no es un debate simple sobre cómo es posible mejorar técnicamente su gestión, sino que es un debate profundo que, inevitablemente, plantea la calidad del sistema y de su utilización. No es un debate parcial y centrado en la escuela y los maestros, sino que tiene una dimensión global y plural, y se extiende a toda la sociedad. Finalmente, es una cuestión de la que depende la educación de todos y para todos. Constituye un debate que los movimientos críticos y alternativos de la educación deben plantearse con urgencia.

Esto, nos tememos, ha dado lugar al surgimiento de un nuevo tipo de infancia: la que caracteriza al llamado «niño acelerado».

Es necesaria una nueva manera de entender el tiempo. En plena sociedad del conocimiento, con una gran multiplicidad de frentes abiertos y de necesidades a las que el sistema educativo debe poder dar respuesta, seguimos teniendo un sistema en el que, de forma mayoritaria, la cantidad se impone a la calidad y la velocidad acompañada de superficialidad excluye la profundización.

Muchos de los efectos negativos que hoy se puede observar en la educación provienen de una concepción errónea y de un tratamiento equivocado del tiempo: currículos inadecuados, sensación constante de falta de tiempo del profesorado y los alumnos, difi-

cultades en desarrollar una buena atención a la diversidad, aprendizajes desfasados o realizados antes de tiempo, horarios sobrecargados, desvinculación entre el pasado y el presente, poca importancia de las consecuencias en el futuro de nuestras decisiones actuales... Todo ello constituye ejemplo de lo que queremos contar.

Nuestra propuesta se centra en una desaceleración general de la educación, una disminución de la velocidad de los procesos educativos planteada como una de las maneras que tenemos para abrir nuevos caminos y favorecer la calidad para todos.

Joan Domènech Francesch, *Elogio de la educación lenta*, Barcelona, GRAÓ, 2009, pp. 23-24

Notas al margen del profesor